

Para Javier Ortiz

PAGS.

601 A

WITTGENSTEIN Y LAS VIEJAS AMISTADES

José Agustín Goytisolo

Acabo de leer de un tirón la versión italiana de un hermoso libro de memorias, escritas por un, para mí, desconocido abogado inglés llamado David Pinsent, <sup>libro</sup> titulado Vacaciones con Wittgenstein. La acción comienza en 1912, y durará lo que duraron los dos veranos que pasaron juntos. Pinsent murió en un accidente aéreo en 1918, y el testimonio de su Ludwig Wittgenstein no se ha publicado hasta ahora.

Por algunas fotografías de la época, creo que debían formar una extraña pareja: <sup>Pinsent</sup> delgado y con una cabeza muy grande, era el benjamín del Trinity College; Wittgenstein era un muchacho muy guapo, que calzaba fuertes zapatos y que odiaba las corbatas. El primero acababa de dejar las matemáticas para estudiar Derecho, y el segundo dejó a su vez la ingeniería aeronáutica para dedicarse plenamente a la lógica y a la filosofía, disciplinas en las que alcanzara las cotas más altas y apasionantes de nuestro siglo.

Ahora, de la mano del memorialista Pinsent, me centro en Wittgenstein, cuyo descubrimiento le debo, como tantas otras cosas, al filósofo español Emilio Lledó, compañero en Madrid en la residencia de estudiantes, que me ayudó a descifrar el Tractatus logico-philosophicus: por aquellos años primeros de la década de los cincuenta, murió Wittgenstein en Cambridge. Para mí su obra fue una revelación, un deslumbramiento. Varios años después de su muerte aparecieron sus Investigaciones filosóficas y El cuaderno azul y el cuaderno marrón.

Vuelvo a la amistad del abogado inglés con el filósofo austriaco, cuando todavía no eran ni abogado ni filósofo. Se conocieron en el estudio de su común maestro Bertrand Russell, y Pinsent recrimina a Wittgenstein el haber estado bromeando y luego explicando historias siniestras toda la tarde.

El memorialista no se anda con florituras: su estilo es casi el de un notario, meticuloso y siempre correcto. Al parecer una de las/<sup>pocas</sup>/cosas que les unía - amistad aparte- fue la pasión de ambos por la música: siempre tenían dos asientos en primera fila en los conciertos del Music Club, que Wittgenstein, de una riquísima familia vienesa, pagaba siempre. También resulta extraño saber que Pinsent explica que su amigo le hacía servir de cobaya en los raros y variados experimentos sobre el ritmo, que practicaba en el laboratorio de psicología de la Universidad.

Las primeras vacaciones que pasaron juntos fueron en Islandia: Wittgenstein lo propone, lo organiza y lo paga todo, camarates de lujo, hoteles de primera clase, restaurantes de cinco tenedores, si los hubiere, y el vestuario de ambos, impecable. Pinsent confiesa que aceptó rápidamente. En Islandia, excursiones a caballo por las landas desiertas, visitas a las erupciones de los geyser. Por la noche jugaban a las cartas o al dominó. Fue en estas veladas cuando Wittgenstein le confesó que en los últimos nueve años había sufrido una terrible sensación de soledad, que pensaba continuamente en el suicidio y que se sentía avergonzado por no haberse quitado la vida. "Yo estaba de más en este mundo". Y entre arranques maníacos y profundas caídas de ánimo, Wittgenstein ilustra a su amigo sobre los problemas de lógica simbólica que estaba desarrollando.

Tales estilos de vida y tan diversos caracteres no impidieron que el siguiente verano viajearan ambos a Noruega: la alegre y bondadosa personalidad de Pinsent fue puesta a dura prueba a causa de la torva y lunática mente de su amigo, que estaba trabajando como un loco -en el sentido más estricto- en él que sería su futuro Tractatus, y que está decidido a retirarse a un fiordo para trabajar sin ver a nadie ni ser molestado por nadie. Después nunca se volvieron a ver: la Guerra Mundial de 1914-18 se llevó a Wittgenstein al frente austriaco, y Pinsent murió en accidente de aviación el año en que terminó la contienda. Dos veranos, pero qué memoria de amigo la de David Pinsent.

Ludwig Wittgenstein no leyó las memorias de Pinsent, pero al conocer su muerte escribió: "Fue mi primer amigo", y como homenaje y memoria le dedicó el Tractatus, y visitó varias veces a Hester, la hermana de su amigo David Pinsent, aunque al hacerlo tenía que ponerse una prenda que odiaba: la corbata.

Del memorialista y hombre de leyes admiró al lector su sobriedad, su franqueza, su ausencia de protagonismo y la enorme admiración y comprensión de la obra y del carácter de Wittgenstein, con lo que la personalidad y la calidad humana se agigantan a medida que se avanza en la lectura de sus Vacaciones con Wittgenstein, el estudiante que admiraba a Beethoven "el tipo de hombre al que se debe tender."

Repite que el libro me emocionó, por su ternura, calidad y sinceridad. Pero eso de amistades juveniles, como es el caso, ya que ambos debían andar, cuando transcurren las memorias, por los veinte y uno o veinte y dos años, es extrapolable también a las amistades juveniles, aunque sean cortas. Escribo ésto porque hará unas semanas recibí una carta de Josepa Pons, mujer de mi buen amigo Matties Solé, el restaurador de las murallas de Montblanc y de y de otras muchas joyas arquitectónicas. Josepa me mandó un escrito titulado Dos desconocidos, que firmaba un colega suyo llamado Josep Alegre, farmacéutico como ella. ¡Gran Dios, claro que acertó al escribirme: "Creo que te gustará leerlo."

Vaya por delante que, ni loco, me comparo a Wittgenstein, ni hago lo propio con Alegre y Pinsent. Pero le dejó la palabra a Josep Alegre. Cuenta que, después de cenar, prendió el televisor y que vió mi nombre en un rótulo que aparecía al pie de mi figura. "Hace tantos años que no le había visto, que si no sale su nombre no le hubiera reconocido." Sí, muchos años, cincuenta y cuatro nada menos. Fue durante la guerra civil, y su familia y la mía vivíamos en Viladrau, un pueblo situado en la falda del Montseny. Sigue: "Y éramos buenos amigos... Debíamos tener diez años cuando jugábamos por las calles de Viladrau a indios y vaqueros, a buenos y malos, cuando hacíamos guerras con cas-

tañas bordes, cuando hacíamos carreras de caballos sin caballos, cuando lanzábamos piedras... Al ver en la pantalla a José Agustín, mi cabeza realizó una carrera por el túnel del tiempo, y rememoró los años de la guerra civil y la tragedia que pude ver aquel mes de marzo de 1938." Cuenta que su familia y la mía vivíamos cerca, que se podía ir de una casa a la otra sin pasar por el pueblo, siguiendo la carretera de Espinelves.

La familia Alegre creó que la // tres o cuatro chicos y dos otras chicas. Yo jugaba con todos, pero mi amigo era Josep. El cuenta luego el día en que su madre y la mía fueron a Barcelona: "José Agustín y yo fuimos a despedirlas cuando tomaron el coche de línea que las llevaría a la estación de ferrocarril de Balenyà, que era donde tomaban el tren para ir a Barcelona." Las dos mujeres, al llegar a la Ciudad Condal, se separaron, y quedaron en encontrarse por la tarde para volver a Villadrau, pero al poco de ir cada una por su camino "se oyó el ulular de las sirenas y comenzó el estallido de las bombas." Mi madre no acudió a la cita en la estación para el retorno, y alguien le dijo a la señora Alegre lo que había ocurrido.

"Por la noche, al llegar a casa, mi madre me dijo que José Agustín, el coyote le llamábamos en la pandilla, ya no tenía madre, que una bomba... Difícilmente olvidaré aquella noche, a pesar de que el tiempo hace olvidar muchas cosas. Aunque los años hayan hecho de mí y de José Agustín dos perfectos desconocidos."

Josep Alegre, haré lo posible por dar con tu paradero y te iré a saludar, a decirte que dos años de amistad infantil o juvenil no se borran, como no se borró la amistad, también de dos años, de los jóvenes David Pinsent y Ludwig Wittgenstein. ¡Ah, y agradezco que me presentes como un niño normalmente travieso. Yo era mucho peor, sobre todo a partir de la muerte de mi madre, <sup>me convertí</sup> en un muchacho salvaje y agresivo, que robaba fruta, verdura, patatas, castañas, algarrobas, todo lo que podía llevar a una casa desolada, con mi padre gravemente enfermo, dos hermanos menores y una hermana que nos cuidaba a todos. Robaba porque los payeses no querían el dinero de la República, y joyas y relojes se habían terminado en mi casa.